

CONCURSO RELATOS NAVIDEÑOS

DICIEMBRE 2020 PREMIADOS

PRIMER CICLO

PRIMER PREMIO: IRENE RODRÍGUEZ

SEGUNDO PREMIO: CLARA RUIZ

SEGUNDO CICLO

PRIMER PREMIO: DESIERTO

SEGUNDO PREMIO: ERICA BURGUETE

BACHILLERATO

PRIMER PREMIO: ESTHER CERVERA

SEGUNDO PREMIO: LOURDES GUERRERO

Navidad apagada

Era el 24 de diciembre de 2027. Brisa se encontraba en el balcón de una de las pocas casas que quedaban en el pueblo, la suya. Solía ir cuando era pequeña, pero desde entonces, no había vuelto allí. Ante ella se abría un hermoso paisaje ya que su casa quedaba muy cerca de un amplio barranco. Se quedó observando las montañas y todos y cada uno de los árboles que había en ellas durante unos minutos y la cabeza se le llenó de pronto de recuerdos.

Empezó a recordar cómo eran las Navidades de antes. Le encantaba caminar por los senderos nevados, explorar el bosque y observar cada detalle de la naturaleza que le rodeaba. Entonces los bosques allí eran mágicos y llenos de vida. Todo el pueblo estaba decorado con luces, la nieve bañaba de blanco todas las montañas de alrededor. En las calles había un buen ambiente y en la plaza del centro del pueblo, todos, incluida ella, ayudaban a montar un enorme árbol de Navidad. Recordaba también el sabor del chocolate caliente y los bollos que vendía el único horno del pueblo a cientos de personas todos los años. En el pueblo, el 24 de diciembre se celebraba a lo grande, la gente de fuera iba a las fiestas y la diversión se multiplicaba. Las Navidades eran maravillosas y no se lo pasaba mejor en todo el año.

Pero un año hubo una gran discusión que provocó la partición de una familia en tres. Desde entonces nada en su familia volvió a ser igual, no volvió hasta 10 años después, pero para entonces se había convertido en un pueblo sin habitantes, apagado y solitario. La gente poco a poco fue dejando de hacer las celebraciones, se fueron yendo cada vez más y más personas. Los comercios habían cerrado y solo quedaron locales y casas vacías en las que ya no se respiraba ese aire mágico que había antes. Ya era demasiado tarde, no quedaba nadie allí. Brisa sintió de repente una fuerte sensación de soledad y abandono. Toda la gente que conocía, sus amigos e incluso su familia, ya no estaban.

Entonces se preguntó si las cosas hubieran sido diferentes si se hubiera quedado allí, y maldijo el hecho de que su familia se hubiese separado. Ahora el pueblo no era más que casas vacías y no volvería a ser ese lugar tan mágico que era antes. Sin poder evitarlo, una lágrima recorrió su cara, aunque ese solo era un 24 de diciembre más.

PRIMER CICLO SEGUNDO PREMIO: CLARA RUIZ

Marta y los regalos

Marta era una niña muy caprichosa. Desde hacía semanas no paraba de pedir regalos y juguetes, sabía que se acercaba la Navidad. Sus papás trataban de explicarle que en el saco de Santa Claus no cabía todo, también debía llevar juguetes al resto de niños.

Llegó la Navidad y toda su familia se reunió para celebrar ese gran día juntos. Marta apenas tuvo tiempo de saludarles porque se pasó la mañana abriendo regalos y más regalos.

Sus papás habían escrito a Papá Noel pidiéndole que le dejaran a Marta lo que había pedido, para así darle una importante lección. Y, mientras sus primos jugaban y reían, Marta desenvolvía paquetes. Al principio era divertido, pero al rato la tristeza apareció en ella. Tenía más juguetes que nunca, pero había sido la peor Navidad de su vida. Estaba rodeada de su familia y, sin embargo, se sentía sola.

De fondo podía oír a su familia reír mientras contaban anécdotas, cantaban alegres villancicos... Y ella se lo estaba perdiendo todo. Marta entendió que lo importante de la Navidad no son los regalos, sino el poder disfrutar de la familia.

PRIMER PREMIO SEGUNDO CICLO: DESIERTO

SEGUNDO PREMIO SEGUNDO CICLO: ÉRICA BURGUETE.

Ausentes en la presencia

Empezó diciembre y con él el frío y, cómo no, la Navidad. Algo tan repetitivo todos los años para algunos y tan especial para otros. Como el caso se Ayla que era hija única y tenía doce años. Adoraba estas fechas, pero este año era diferente. Veía a su familia bastante apagada, bastante triste. Pero la noche de Navidad tuvo la oportunidad de verlos reír (aunque solo fuera un poco), pero sobre todo de verlos juntos en la mesa, aunque sobraban algunas sillas. Después de estar observándolos un rato se sentó junto a ellos en una de esas sillas vacías y por un momento volvió a sentir lo que era estar todos juntos, lo que era querer. En su casa siempre ponían fotos de la gente que ya no estaba junto a una vela, porque aunque no estuvieran presentes como tal, seguían estando.

La verdad era que siempre le producía mucho dolor ver esas fotos ya que, al fin y al cabo, le recordaban que ya no estaban todos juntos.

A mitad de la noche los padres de Ayla se acercaron a su foto y encendieron una vela. Entre lágrimas le desearon una feliz Navidad ya que ese año, por desgracia, ya no permanecía entre ellos.

PRIMER PREMIO BACHILLERATO: ESTHER CERVERA

Los fugaces somos nosotros

Querido Hado:

24.12.2020 (23:59)

Papá, esta es la última carta de Navidad que tengo para ti.

Tú siempre has intentado enseñarme a superar cada obstáculo en la vida, hacerme entender que yo estaba por encima de todos ellos, que en cada disputa estaba yo y lo que yo hacía del problema, que todo podía ser mejor si se miraba con otros ojos, con los mismos que tú me mirabas a mí. Con los que, ojalá, aún me siguieses mirando.

Pero... ¿Qué es lo más complicado en esta vida?

Lo más difícil es decirle un último adiós a alguien a quien creías que no perderías nunca, a quien no pensabas que dejarías de abrazar y sentir.

Desaparecer y sentir que lo has perdido todo, darte cuenta de que te has quedado solo, con tu reflejo en el espejo.

Donde la única sonrisa que te queda es la del vendedor de los décimos de Navidad, tan inocente e ilusionado como los niños al ver una flor rota que intenta volver a su forma. Que a pesar de saber que quizá no te toque el premio, siguen repartiendo esos momentos con tu familia en el salón, deseando escuchar tu combinación de números. Tal vez nunca la llegarán a decir, pero ese momento de conexión y esperanza, ni siquiera el premio te lo puede dar.

Ellos que reparten suerte y oportunidades de ser lo que siempre quisimos, pero yo me conformo con que te devuelvan a mi lado, y me termines de enseñar aquello que dejaste a medias.

A olvidarte, a aprender que en la vida no todos tenemos la suerte de distanciarnos de aquello a lo que nos aferramos sin sentir ese nudo que nos ata y y nos venda los ojos, que no nos deja ver más allá del dolor.

Sentir que podrías estar a mi lado como en aquellas noches de invierno, con el chocolate caliente, haciendo la lista de los Reyes Magos. Deseando que llegase el día 6 para poder despertarte a las 9 de la mañana, con la más sincera ilusión de un niño, con esa sonrisa que te sacaba cuando me enredaba a romper todos los envoltorios de los regalos que Melchor dejaba bajo el árbol.

No me perdono el no admitir que al abrirlos me daba cuenta de que lo más bonito era poder disfrutar de cada uno de ellos a tu lado. Unir cada punto de tu sonrisa con los míos, creando nuestra coordenada de felicidad, existir, formar una constelación única. La nuestra.

Que en estos momentos añore eso que nos hacía tan nosotros.

El esperarte a la salida el colegio, lista para recoger mi merienda y poder abrazarte muy fuerte, por haber estado una hora sin poder sonreírte.

El llegar a casa y ponernos a ver los dibujos animados que tan nuestros fueron. El pintar cada dibujo que me mandaban y tú, tú que pincelabas cada parte de la obra con más cariño que la anterior.

Esas noches de pesadillas en las que te pasabas horas a mi lado asegurando que no había ningún cocodrilo ni ningún Capitán Garfio que pudiera separarme de ti.

Agradecerte cada paseo en nuestro parque, cada canción, cada chiste, cada baile y cada mirada.

Me enseñaste a ser quien soy y me puliste como diamante que era, pero siempre te faltó una cosa que nunca pensé que tendría que aprender.

Porque en estos tiempos todos tenemos esa sensación de que vamos a hacer daño solo por el hecho de ver que la responsabilidad de tu familia está en tus manos.

¿En qué momento de la vida te enseñan a proteger la muralla de tu castillo? A ti, que siempre te has refugiado detrás de él.

Esos momentos de debilidad que me hacían sentir vulnerable, era ahí cuando te convertías en un escudo, mi escudo, y forjabas cada parte de mi armadura con el más sutil detalle, para que ningún mal pudiera dañarme. Sentirte orgulloso de ser mi protector y yo tu princesa.

¿Y ahora qué hago para olvidarte?

Creo que la vida pasa rápido, pero no pasa nada si la paso a tu lado.

Antes de despedirme para siempre, quiero que cumplas un último deseo, porque detrás de la piel y la carne, estamos hechos de momentos y sueños. Tú, que me convencías de que todas esas historias de miedo y fantasmas no existían. Ahora me doy cuenta de que piensas eso, hasta que te conviertes en uno de ellos.

Mi sueño era pasar contigo todas mis navidades, aunque nunca tuve el valor de decírtelo. Así que hazme un favor, nunca dejes de creer, y nunca te quedes con las ganas de decirle a alguien lo mucho que te importa, ya que por aquí arriba, donde tú me enseñaste a distinguir entre Leo y Orión, las estrellas me dicen que quizá y solo quizá, los fugaces seamos nosotros.

De tu princesa de ensueño,

para que me dediques tu último cuento de hadas.

Fdo.: Esther Cervera

Una Navidad diferente

Era un 24 de diciembre en casa de Nora, pero no como cualquier otro. Nora se levantó por la mañana, desayunó sus galletas favoritas, se puso unas medias negras y un vestido gris que estrenaba ese mismo día, se hizo dos trenzas preciosas, cogió su abrigo y su mascarilla y salió a la calle a comprar los últimos preparativos de la noche. En la calle el ambiente era el de siempre, la gente ultimaba las compras de Navidad y arrasaba los mercados hasta dejarlos sin ningún gambón, aunque esto fuera acompañado de guantes y gel de manos.

Volviendo a casa, Nora se encontró con su amiga Helena y ella le contó que pasaría la Navidad con sus abuelos, primos y algún que otro amigo. Nada más llegar a casa, Nora le contó a su padre aquel encuentro con Helena y la noche que les esperaba a ella y a sus familiares. Su padre le hizo entender que cada cual era responsable de sus actos y no le diera más vueltas.

Eran ya casi las diez y David, el hermano de Nora ponía la mesa con su padre. David llamó a la puerta de la habitación de Nora para que fuera a cenar y cuando se sentaron en la mesa, juntos cogieron el teléfono y llamaron a su madre. Ella estaba en el hospital desde ya hacía varios meses. Cenaron juntos a pesar de no ser de la mejor forma, aunque la madre se encontraba entre cuatro paredes en una cama haciendo sonreír a sus hijos. Tras una larga noche, su único deseo de Navidad fue que, en las siguientes, todos cenaran bajo el mismo techo y sanos. La llamada finalizó entre alguna que otra lágrima y la madre de Nora recalcó que “todo iría bien”.